

Anexo Número 4.

En la Velada se llevaron á cabo todos los números anunciados en el Programa respectivo.

El Sr. Alfonso Rodríguez Belaunzarán, pronunció la siguiente poesía:

Himno á América.

I

América, la hermosa joven sultana
oculta entre las ondas del mar profundo,
que hoy abres tu corola de flor temprana,
esparces tus aromas por todo un mundo
y el ósculo recibes de la mañana

Mi palabra es muy débil para ensalzarte,
soy trovador humilde, mi pobre acento
sin matices ni arulllos, mi voz sin arte
¿dónde hallarán arpegios para cantarte
frente á los paladines del pensamiento?

Más no por eso ¡oh tierra de encantos nido!
me faltarán elogios para tu historia
hoy que á tus nobles hijos ha confundido
el fraternal abrazo que hará tu gloria
en la patria bendita donde he nacido.

II

Tus poetas son reyes de la armonía
y pregonan lo bello de sus canciones,
Tabaré cuando cruza la selva umbría
y Efraim que conmueve los corazones
cuando llora en la tumba de su María.

De tu cielo esplendente bajo las naves,
del Sol á las hermosas luces primeras,
tus bardos me parecen legiones de aves
que viven modulando trinos suaves
en las copas altivas de tus palmeras.

En lengua misteriosa, jamás oída,
les habla la corriente del raudal Plata,
y por dar á tu musa potencia y vida
del Niágara soberbio la catarata
lanza voces guerreras en su caída.

III

Tus soldados son hijos de la victoria,
y guiados por los mismos, nobles anhelos
de libertad y patria, dan á tu historia
Washington y Bolívar, Sucre y Morelos,
páginas indelebles de inmensa gloria.

Su esfuerzo á los esclavos alza y redime
y uno de ellos, apóstol de la conciencia,
la justiciera espada valiente esgrime
y al fin en Carabobo, triunfo sublime,
logra de cinco pueblos la independencia.

Hechos de tal estirpe nos han salvado
y es este nuestro grato, sentir profundo,
el evocar la sombra de tu pasado:
mientras exista un hijo del Nuevo Mundo
la libertad del hombre tendrá un soldado.

IV

Tus sabios realizaron la profecía
de vencer lo ignorado, gloriosamente,
y llenos de entusiasmo, fé y energía
audaces encadenan el rayo ardiente
para dar á la noche la luz del día.

De victorias futuras son los cimientos,
por ellos la justicia su templo labra
y va en hilos de acero, rasgando el viento,
más veloz que las aves el pensamiento
bajo el rico plumaje de la palabra.

Todo lo has hecho siervo del albedrío
del sabio en agua y tierra, peñón y nube,
pues lo mismo atraviesa túnel sombrío
que en óvalos gallardos al éter sube
ó se mece en las ondas del mar bravío.

V

Las mujeres nacidas sobre tu suelo
son ángeles divinos que al mundo vienen
para impartir al hombre grato consuelo,
un raudal de virtudes en su alma tienen
y brota de sus ojos la luz del cielo.

Ellas pueblan tus aires, dulces y buenas,
con la dulce balada de sus amores,
y es su orgullo que corre por nuestras venas
la sangre que al mirarlas entre cadenas
para salvarla dieron nuestros mayores.

Su voz es el cariño y es la esperanza
y tiene el grato arrullo de la paloma;
si una súplica tierna sus labios lanza
humanas tempestades al punto doma
porque el ruego de un ángel todo lo alcanza.

VI

Más no, América hermosa, joven sultana
oculta entre las ondas del mar profundo,
no canto á tus aromas de flor temprana,
ni á tus vates y sabios que admira el mundo,
ni á la mujer divina que te engalana.

No canto á tus soldados cuya victoria
inmensas ovaciones ha merecido;
canto un hecho más digno de alta memoria:
el fraternal abrazo que hará tu gloria
en la patria bendita donde he nacido.

Canto al ver á tus pueblos, pueblos hermanos
porque en tu bien teniendo los ojos fijos
saben, ya sin rencillas, sin odios vanos,
que depende el futuro de nuestros hijos
de la unión de los pueblos americanos.

El Sr. Lic. Enrique Ballesteros, dijo el discurso siguiente:

SEÑORES:

Ha tocado por fin á Monterrey, el honor de ofrecer el testimonio de su admiración y de sus simpatías, á los distinguidos Delegados á la Segunda Conferencia Internacional Americana, cuya obra, á pesar de las reticencias pesimistas, ha de ser para la Historia Universal, como uno de esos soles sin tramonto, en el cielo infinito de la inmortalidad y de la gloria.

Los esfuerzos humanos en congruencia con la gran evolución de las sociedades modernas, han de ser eternamente, las grandes, las incontrastables fuerzas propulso- ras, del progreso de la Humanidad.

Se han perdido ya, en las confusas lejanías de la leyenda, las épocas ferozmente sombrías, en que el hombre, lo que hay de más alto, lo que hay de más noble, lo que hay de más espiritual en nuestro planeta, convivía en las cavernas del troglodita con el bruto, predominaba por la fuerza de sus garras en las hordas primitivas, se convertía en una especie de Dios mitológico, al ostentar en su cuello los trofeos sangrientos correspondientes al número de vidas humanas, que cortara con su cuchillo de pedernal, y entraba, después de vencedor, por su destreza de carrerista, por su fuerza de pugil, por su esfuerzo irresistible de gladiador, en los Juegos Olímpicos y en los Circos de Roma, bajo los arcos de triunfo de las ciudades maravilladas, que se estremecían con las cláusulas altivas de sus oradores, con las estrofas vibrantes de sus poetas, con los acentos marciales de sus guerreros, con el rumor perenne y entusiasta de los simbalos de oro de las bayaderas antiguas, con el frenesí delirante y fantástico de las danzas de las hetairas, y con el esplendor, con la hermosura fascinante de las cortesanas, que desde lo alto de sus sólios, á un tiempo mismo apasionaban los sentidos y las almas con su regia mirada, dulce como la súplica, ardiente como la promesa y arrobadora como la esperanza.

El hombre de hoy, sin desdeñar en la desesperada lucha por la existencia, las ventajas indudables de una vigorosa compleción física, al par se preocupa de adquirir una vigorosa compleción moral é intelectual, que levante sus instintos á la categoría de afectos, que levante su inteligencia hasta las excelsas concepciones científicas, que levante su voluntad hasta las cumbres de la Virtud, que levante su corazón hasta el amor, que levante su espíritu hasta el Ideal, el Ideal, Señores, oriente invariable de todos los progresos, anhelo infinito é insaciable de nuestras almas, luz inextinguible, siempre intensa, siempre fecunda, que en todo el curso de los siglos ha podido señalar con su índice profético y firme, al genio, al pensamiento, á la constancia, al heroísmo, á todas esas caríatides formidables de los pueblos, las altas y diáfanas escalas de la Civilización.

Y lo que ha pasado con el hombre, ha pasado también con la Sociedad.

¡Cuántas vacilaciones, cuántos desfallecimientos, cuántos esfuerzos para que la Humanidad, en su trabajosísima peregrinación á través de todas las edades, pudiera ascender del caos de los primeros hacinamientos humanos, al progresivo régimen patriarcal, en que el hombre, ya modelado para presentir todos los encantos y todas las desesperaciones de la pasión, fija y defiende sus amores, se transfigura al llegar á la categoría del amante, se engrandece ante su conciencia y ante su destino, con la alta perspectiva de la paternidad, y asciende sereno y resuelto al Ideal de la civilización, al ver en torno suyo á los hijos, que percibe, siente que son suyos, que son el florecimiento de su vida, la esencia de su ser, la dilatación de su alma, y entonces se levanta, clara, precisa, distinta, la más avanzada de las instituciones: la familia, la familia, Señores, base del orden, fuente de los derechos civiles, columna de fuego de las sociedades de todos los tiempos, y pedestal indispensable de los gobiernos de todos los pueblos! Cuántas vacilaciones, cuántos desfallecimientos, cuántos esfuerzos para que el progreso pasara por sobre las ruinas, por sobre los escombros, por sobre las monstruosidades, por sobre los crímenes de la Edad Media, para llegar á los esplendores del Renacimiento, en que las manifestaciones de la actividad humana llenan la Historia de creaciones eternas; en que la poesía alumbraba con intensos resplan-